

El geólogo R. H. Stewart y el guerrillero, Bolivia, 1966

Por: Stanley Heckadon-Moreno

Esta es la última entrega de las exploraciones realizadas en el altiplano andino de Bolivia por el geólogo del canal de Panamá, Robert Stewart. Consultoría hecha, de septiembre a noviembre de 1966, en el marco de la Alianza para el Progreso. Su objetivo, evaluar el estado de viejas minas abandonadas y la factibilidad de construir un moderno sistema de carreteras.

En su diario Stewart solía anotar sus impresiones de sitios que visitaba, sus pueblos y gentes. Diario inédito que he podido traducir al español merced a su hijo, el capitán Douglas Allen, piloto del canal. Las notas de hoy corresponden a la últimas dos semanas de noviembre, 1966. Con sede en el pueblo de Tupiza, viaja en jeep a Arenales, las minas de San Cristóbal y el salar de Uyuni. El 6 de noviembre llegan a Cotagaita, pueblito en un hermoso valle drenado por un río cuyas aguas estaban contaminadas por los desechos de las minas. Veamos su descripción del pueblo y su inesperado encuentro con unos jóvenes guerrilleros y su carismático líder el 6 de noviembre.

“Cotagaita es un pueblo hermoso. Todos los edificios son de un piso, hechos de adobes y las paredes empastadas con barro. Todo es color achocolatado, color del barro seco, aun así es bello. El pueblo solo tiene una calle y un pequeño río corre a lo largo del valle, en la otra orilla está el pueblo. Solo hay una tienda con una farmacia en un rincón. No hay estación de gasolina. La gente anda a caballo o a pie. Cada mañana las minas que operan recogen a los obreros y en el vagón de camiones los llevan a trabajar a las diferentes minas, regresándolos por la noche. Solo había un restaurante. No era grande pero daba buen servicio al pueblo.

Llegamos a Cotagaita a medio día y como sabíamos que en Uyuni no habría comida si llegábamos de noche, decidimos almorzar en este restaurantito. Un grupo de jóvenes tomaba y tomaba y comentaban sobre los yanquis. Se sorprendieron al notar que yo me reía en el momento adecuado. Dándose cuenta que yo hablaba un poquito de español, se excusaron. Eran un grupo de verdaderos actores. Germán, mi contraparte



La mina de tungsteno de Pueblo Viejo, en el altiplano andino de Bolivia, con sus talleres, oficinas y parte de la fundición. Foto, R. H. Stewart, 1966. Cortesía, Douglas Allen y Grettel Villalaz de Allen.

boliviano, me dijo que nunca olvidaría a Cotagaita, en mi vida.

Estacionamos el jeep en la calle del restaurante y entramos. Ordenamos la comida y notamos que en la mesa de al lado un grupo de hombres jóvenes comían y sostenían un mitin. Los jóvenes se turnaban dando pequeños discursos políticos y cosas sobre Bolivia. Me parecieron un poco radicales, pero no les presté mayor atención. Ellos siguieron bebiendo y emborrachándose. Comenzaron a decir chistes contra el gobierno y otras personas. Uno de los jóvenes era muy bien parecido, era de mi porte y tenía gran carisma. Al echar sus cuentos a veces se le salían las lágrimas al describir algo triste o un terrible accidente o acerca de un pueblo o persona. Entonces, al minuto siguiente, era todo sonrisas y reía al echar un chiste. Claramente era un líder nato y el resto de los jóvenes estaban pendientes de cada una de sus palabras. Noté que varios de

los hombres comenzaron a mirarnos y a hablar sobre nosotros. También hicieron varios comentarios y chistes sobre los yanquis. No puede evitar reírme con el resto del grupo. Era fácil ver que yo no era boliviano.

Al notar que nos miraban pensé era tiempo de partir. Como la mesera no traía la cuenta fui hasta la cocina a pagar. También noté que el joven líder del grupo, bien parecido y carismático, también se paró de su mesa siguiéndome a la cocina. Pagué nuestro almuerzo y me preparaba para salir. El joven me detuvo y rogó le perdonara por todo lo que pasaba en su mesa. Le dije que era geólogo de los Estados Unidos y que estudiaba el área para ver si era posible construir carreteras decentes en esta parte de Bolivia. Me explicó que su oposición al gobierno boliviano era porque no hacía nada por su gente. Quería ver si la gente podía tener mejor agua para beber que la del río,

que drenaba los desechos de todas las minas. Agua acida imbebible. Le dije que la gente podría mejorar mucho el agua y hacerla más potable poniendo filtros de arena y cascajo. Y en la cama del filtro colocándole una capa de cal para neutralizar el ácido en el agua y mejorar su sabor. Agradeciéndome la información me pidió me tomase un trago con él para cimentar nuestra amistad. Le dije que sí. Así que los dos tomamos un vaso de Cingani, un brandy de uvas. Luego, para sellar su amistad, unió su brazo al mío y nos dijimos salud mutuamente. Luego invitó mi grupo al suyo para un par de tragos.

Regresé a mi mesa diciéndole a mi grupo que los del otro grupo nos había invitado a un par de tragos. Estaba preocupándome que las cosas fueran a alterarse y no quería causar ningún problema. Así que fuimos a la otra mesa y nos sentamos. Bebimos un par de vasos de Cinagui, luego otro. Después

comenzaron a tomar por vasos enteros de una sola vez. Cada uno comenzó a decir un chiste y los demás a tomarse otro trago de Cingani. Yo fui cuidadoso y solo tomaba sorbitos mientras ellos tomaban vasos enteros.

Al notar que los del otro grupo se estaban poniéndose fuera de control, le dije a mi conductor que fuese al jeep, lo arrancara, le diese la vuelta y nos esperara en la puerta, con el pie en el clutch, a manera de partir de apuro y escaparnos de inmediato. Bueno, llegó mi turno de echar un chiste el cual dije, luego levanté mi vaso y me lo bebí de un sorbo. Antes que nada sucediese, les agradecí a todos su amistad y el buen rato. Les dije que trataría que el gobierno les ayudase a mejorar la calidad del agua en el pueblo. Luego les informé que teníamos por delante un viaje muy largo y debíamos llegar al atardecer a Uyuni. Puse mi vaso sobre la mesa y le indiqué a mi grupo que fueran hacia la puerta. Los jóvenes del otro grupo que nos habían invitado a beber dijeron que ellos también habían gozado los tragos y los chistes y que estarían muy contentos si nos quedásemos un poquito más. Nuevamente les agradecí y

salí por la puerta. El carro estaba frente al restaurante con el motor andando. Le dije al chofer que quitara el pie del clutch rápido y partimos. Al salir del restaurante podía ver en la calle al grupo que habíamos dejado atrás viéndonos partir en una nube de polvo. Eran unos verdaderos actores. Como me dijo German, tu nunca te vas a olvidar de Cotagaita, nunca en tu vida. Escapamos de Cotagaita antes que comenzara un problema, que seguramente vendría.

El siguiente verano, el 14 de julio de 1967, era el Día de La Bastilla en la Alianza Francesa de Panamá. Una de nuestras amigas comenzó a hablar de esta maravillosa persona que conocía y se lamentaba que lo habían matado en Bolivia hacía seis meses, dos meses después de haber partido. Hablamos un poco más y le conté algunas de mis experiencias en Bolivia. Entonces ella me mostró la foto del hombre sobre el cual hablaba. Casi se me caen los dientes. La foto era del Che Guevara, el líder comunista, que había sido muerto en Bolivia. Era el mismo hombre que había sido tan amistoso y con el cual había estado bebiendo allá en Cotagaita, Bolivia. Así fue que conocí al Che



Curioso y rudimentario aparato manual llamado kimbelete para trabajar mineral en una mina en Tasna, altiplano boliviano. Refleja la rudimentaria tecnología del sector minero boliviano en la década de 1960. Foto, R. H. Stewart, 1966. Cortesía, Douglas Allen y Grettel Villalaz de Allen.

Guevara. Concordé con ella que era un persona muy interesante y que tenía más carisma que nadie que hubiese conocido”.

Con este encuentro terminan las notas del geólogo del canal Robert Stewart sobre sus peripecias en el altiplano de Bolivia, a fines de 1966. □

Niko's® CAFE

Sabe a Panamá